

Espiritualidad y Educación Ignaciana

Ugalde, Luis

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/502>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

ESPIRITUALIDAD Y EDUCACIÓN IGNACIANA

Luis Ugalde, SJ *

La Asociación Latinoamericana de Universidades Confiadas a la Compañía de Jesús (AUSJAL) está integrada por 26 universidades que se nutren de la espiritualidad, tradición y características educativas ignacianas, dentro de la inspiración cristiana católica.

Orígenes históricos y espirituales

Situémonos en el origen. El año 1521 Íñigo de Loyola cae herido en Pamplona y durante la convalecencia en su casa se inicia la conversión y el nuevo itinerario espiritual hasta transformarse en San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús. Su espiritualidad y la obra educativa de los jesuitas marcarán profundamente la historia de los siguientes cuatro siglos.

Al rededor del año 1521 se producen grandes transformaciones del mundo: Lutero hace pública su rebelión protestante; Cortés conquista el mundo azteca, cuyo esplendor y desarrollo lo deslumbran, y Magallanes y Elcano dan la vuelta al mundo. Ya nada será igual que antes ni en Europa, ni en el mundo.

En el año 1522 se produce en la vida de Íñigo la "iluminación" del Cardoner en Manresa, que va a cambiar de nuevo el rumbo de su vida e influir decisivamente en su espiritualidad y en su obra. De esa experiencia saldrán elementos substanciales de sus *Ejercicios espirituales*.

* Rector de la UCAB.

Luego de un peregrinaje largo y cambiante, en 1540 Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros que se le unieron en la Universidad de París reciben en Roma la aprobación pontificia para iniciar la Compañía de Jesús.

En 1548 se funda el primer colegio y rápidamente se extiende la actividad educadora escolar de los jesuitas, aunque ella no estaba incluida en el documento primero que aprobó el papa Paulo III.

De tal manera se extendió la labor educativo en los colegios que en el siglo XVII llegará a ser el sistema educativo más amplio e influyente del mundo. En 1599, luego de medio siglo de pruebas, ensayos y cambios, se aprobó la *Ratio Studiorum* o guía de los estudios y de la organización de los colegios jesuiticos en todo el mundo. La *Ratio* mantuvo su vigencia durante cerca de cuatro siglos, hasta caer en desuso. Sin duda lo que fue común a todos los jesuitas educadores durante esos cuatro siglos en todos los países era la espiritualidad ignaciana que marcaba profundamente su vida. Al comienzo de nuestra vida religiosa habíamos hecho 30 días intensos de ejercicios espirituales guiados por la experiencia y las indicaciones que nos dejó San Ignacio, y luego todos los años durante el resto de la vida hacíamos ejercicios de ocho días y tratábamos de modelar cada día con la oración y el examen de conciencia, de acuerdo con las fundamentales opciones ignacianas frente a la vida. A pesar de los muchos y profundos cambios postconciliares esto sigue siendo fundamentalmente así.

No es que en los ejercicios aprendiéramos cómo enseñar matemáticas, pero sin duda ellos modelaban nuestra vida espiritual, nuestro modo de ser, nuestra relación con los educandos, y de ellos derivaba lo más profundo que les transmitíamos, hasta el punto de poder decir que la espiritualidad era la única garantía de que nuestra educación llevaba implícita o explícitamente el sello ignaciano.

En los últimos 15 años se han producido varios documentos oficiales que tratan de recoger los rasgos fundamentales todavía vigentes de esa educación. En 1986 nacen las Características de la Educación de la Compañía de Jesús y en 1993 el Paradigma Pedagógico Ignaciano (Propuesta práctica), hasta identificar algunas características comunes y líneas educativas prácticas.

Entre los muchos cambios que han ocurrido en nuestros centros educativos está la nueva relación numérica y también organizativa y

vivencial entre laicos y jesuitas, llegando éstos a representar menos de 10 % del total de educadores.

¿No será necesario explicitar hoy todavía más este punto de la identidad de la educación jesuitica si la inmensa mayoría de ese 90 % nunca ha hecho ejercicios espirituales?

Voy a tratar de presentar un ensayo en el que expreso algunas contenidos de la espiritualidad ignaciana que a mi modo de ver impregnaban, a través de la vida y de la práctica de los jesuitas, la educación y la formación de los jóvenes. No se trata de una lectura histórica, sino de una reflexión personal basada en más de un centenar de veces que he “hecho” y “dirigido” los ejercicios espirituales. La teología y la espiritualidad que expreso son las que yo encuentro en los ejercicios hoy; probablemente no son iguales a los de mi primer mes de ejercicios en 1956 y sin duda difieren de las de los jesuitas del siglo XVII. Creo que también en esto el Espíritu se acomoda “a los lugares y tiempos y personas” (Constituciones SJ. 455).

¿Por letras o por espíritu?

Conversión y penitencia

La primera conversión de Íñigo fue de rechazo a sus vanidades y vida mundana del pasado y lo llevó a vestirse de mendigo, a pedir limosna, dejarse crecer las uñas y el pelo y hacer grandes penitencias y ayunos hasta perder la salud.

Segunda conversión e ilustración espiritual

Se produjo en 1522 a orillas del Cardoner en Manresa. Allí tuvo el santo de Loyola una singular “iluminación”, precedida de diversas ilustraciones y experiencias espirituales que lo llevaron a ver y entender todo con ojos nuevos (*Autobiografía*: 26-31). Esto le llevó a reducir sus penitencias, a cortarse el pelo y las uñas, a buscar ayudar a los prójimos hablándoles de las cosas de Dios y a estudiar, dada su escasa formación (*Autobiografía*: 26-31). Ignacio insiste en que en

esa etapa de su vida Dios le dio un nuevo “entendimiento“ de las cosas, “vio con los ojos interiores la humanidad de Cristo” y todo esto con tal confirmación en la fe “que muchas veces ha pensado consigo: “Si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto”. (p. 29). Fueron sucesivas las ilustraciones interiores, hasta la más definitiva que él cuenta así:

Una vez iba por su devoción a una iglesia que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo, y el camino va junto al río; yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiéndolo y conociendo muchas cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola (p..30).

A Ignacio le quedó claro para toda la vida cómo la experiencia interior de Dios ilumina la mente y la comprensión de las cosas y que la razón y el estudio no es la única manera de llegar a la verdad, ni siquiera la principal. Al mismo tiempo la experiencia interior de Dios y sus iluminaciones son comunicaciones directas de Dios con cualquier persona, sin que tenga que ser clérigo o tener estudios teológicos. Convicción considerada peligrosa en tiempos en que Lutero blandía la comunicación interior con Dios para cuestionar la organización y mediación eclesiástica; peligrosa incluso en España, donde pululaban los iluminados espirituales y la Inquisición estaba obsesionada y decidida a cortar de raíz cualquier corriente sospechosa.

Ignacio decidió estudiar para poder ayudar mejor al prójimo. De Barcelona paso a la Universidad de Alcalá y lo detuvieron por sospechoso.

A Ignacio lo metieron preso en Alcalá porque en la universidad hablaba de las cosas de Dios a algunos compañeros y éstos llamaban la atención por su cambio de conducta. La Inquisición en España en esa

década de la ruptura luterana andaba nerviosa y trataba de controlar todo resquicio por donde pudieran colarse los sospechosos movimientos extranjeros o florecer las ideas de los alumbrados autóctonos.

De la Universidad de Alcalá Íñigo pasó a la de Salamanca y continuó hablando de las cosas de Dios sin ser sacerdote ni tener estudios de teología, hasta que lo volvieron a detener. El año 1527 estuvo casi un mes sometido a prisiones e interrogatorios. Primero algunos dominicanos guardianes de la ortodoxia lo sometieron de buenas maneras a preguntas, como nos lo cuenta San Ignacio en su *Autobiografía*:

Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras o por Espíritu Santo. Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí, no le pareciendo bien aquella manera de argumentar; y después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más destas materias (*Obras*, p.141).

El santo no tenía estudios, pero cayó en la cuenta de que le estaban poniendo un *falso dilema*: su obra y su orden se iban a caracterizar luego por afirmar a una el Espíritu y las letras sintetizándolas; así como por unir la autoridad de la Iglesia y las obras externas con el espíritu que se comunica a cada uno (sea clérigo o laico, estudiado o analfabeta) interiormente.

Fueron retenidos en el convento como prisión y siguieron nuevos interrogatorios para examinar los ejercicios espirituales con los que este recién convertido transmitía su experiencia de Dios. Llegó la sentencia final, según la cual no había ningún error en la vida que llevaban ni en lo que enseñaban, pero les prohibían definir “esto es pecado mortal o esto es venial, si no fueran pasados cuatro años que hubiesen más estudiado” (*Obras* p.143). “El peregrino dijo que él haría todo lo que la sentencia mandaba, más que no la aceptaría; pues sin condenalle en ninguna cosa le cerraban la boca para que no ayudase los próximos en lo que pudiese” (*Ib.*).

Los *Ejercicios espirituales*, que nacieron con tantas sospechas, luego se convirtieron en práctica generalizada en la Iglesia con 4 500 ediciones en 20 lenguas y se calcula que hay más de dos millones de ejercitantes cada año. Pío XI llegó a decir que “son los Ejercicios de San Ignacio el más sabio y universal código espiritual”(encíclica *Mens Nostra*).

Y decide ir a la Universidad de París. San Ignacio no quiere renunciar a lo que recibió por experiencia espiritual interna. Es su evidencia sobre la vida y lo más grande que él pueda comunicar. La autoridad de la Iglesia y la realidad externa de ésta como comunidad humana serán sólidamente afirmadas por él. Asimismo, las letras son un instrumento para conocer más cosas, para enseñar mejor o para comprender, pero no para sustituir esa experiencia. Estudiará él en la mejor universidad de la época, se ordenará de sacerdote y fundará la Compañía de Jesús con un pequeño grupo de compañeros universitarios de París; buscará el reconocimiento pontificio y exigirá de los jesuitas estudios largos y profundos; tan extensos que todo jesuita antes de ordenarse ha dedicado al estudio más del doble de años que las carreras más largas. Pero para todos ellos la experiencia interior de los *Ejercicios* es la clave de vida, así como la interpelación y comunicación personal.

La universidad moderna, hija de la Ilustración, es el templo de la razón; de tal manera que tiende a excluir de ella todo otro modo de conocer y de formar. La universidad moderna es una abstracción, pues aunque la racionalidad aborde la totalidad de la realidad lo hace de manera parcial y unidimensional.

La realidad de las sociedades no es racionalidad, sino convivencia humana de carne y hueso, donde la voluntad, el afecto y las pasiones modelan las conductas, las instituciones, los logros y las tragedias humanas. Entender esa realidad, modelarla y cambiarla supone ir más allá de la abstracción racionalista universitaria; supone la sabiduría que integra los saberes y el compromiso y los valores; puestos éstos entre paréntesis por una neutralidad científica que sólo como recurso metodológico es posible y beneficioso. San Ignacio quiere unir virtudes con letras, quiere formar la voluntad y modelar el corazón para actuar creativamente y con discernimiento en un mundo donde la acción humana produce vida y muerte, pobreza y odios, pero también convivencia, paz y justicia.

El Dios que se me da

La clave de toda la espiritualidad ignaciana es que ella lleva a experimentar cómo Dios se nos comunica; cómo se nos da y así nos hace

libres. No es un Dios cualquiera, sino Dios-Amor. No podía ser de otra manera pues es el Dios padre de Jesús que nos comunica el Evangelio.

Es un Dios *actuante*, no solamente en el interior de los espíritus sino en el mundo, en las cosas, en la naturaleza, en las personas, en la historia. La creación sigue.

El objeto de las meditaciones ignacianas es contemplar, sentir, gustar ese amor de Dios actuante en mí y en todas las cosas. El siguiente paso es *preguntarme* qué debe responder mi amor agradecido a quien todo me da y se da incluso a sí mismo.

San Ignacio en la meditación final que corona todo el itinerario de los *Ejercicios* presenta la *contemplación para alcanzar amor*, que es una mirada global para saborear afectivamente el amor de Dios a mí en su acción en el mundo. Pero advierte antes dos cosas claves en la espiritualidad ignaciana:

–“ el amor se debe poner más en las obras que en las palabras” (*Ejerc.*, p. 230).

–“el amor consiste en comunicación de las partes” (*Ejerc.*, p. 231).

De esta manera nos lleva a responder a Dios en nuestras obras, en nuestro *actuar*, que es donación amorosa de lo que somos y tenemos para así “en todo amar y servir”. Los *Ejercicios* son para alcanzar la *libertad interior* que nos llevará a actuar libre y responsablemente.

Desco recalcar en esta primera característica que San Ignacio siempre busca la *experiencia personal e individualizada*. Dios se me comunica y busca mi respuesta. El director de los ejercicios es un maestro espiritual que acompaña de modo personalizado. Cada uno se siente llamado individualmente, aunque su vocación lo lleve a formar parte de una comunidad. De ahí que la educación jesuita *se centre en la persona*, en su crecimiento y en su maduración. Aun cuando hoy en día los educadores tengan que atender demasiados estudiantes, la educación jesuita siempre está más preocupada por el acompañamiento y crecimiento de la persona que del avance de la ciencia, en la que destacan más otras universidades famosas.

Conviene también explicitar la dificultad de este *actuar cristiano*, actuación integral en todas las dimensiones de la vida; conversión espiritual que transforma y ordena lo material. Pareciera que la gente acepta más fácilmente una interioridad separada de la vida externa, de los trabajos y los días. Simplemente vidas paralelas; una, la de acá, la

de los negocios, trabajo, relaciones humanas... y otra, la vida interior que se ocupa de la dimensión desconocida y del más allá. Las diversas formas de meditación, ayer y hoy, con frecuencia tienden a este dualismo, en el que lo espiritual no acepta que se le pidan cuentas de un mundo que tiene otra dinámica. En el mercado espiritual con frecuencia parecieran tener más éxito astrologías *new age* y meditaciones trascendentales, que no exigen transformar la actuación ni ordenar el mundo. El cristianismo siempre se resistirá a este reduccionismo espiritualista y dualismo que acepta un mundo ateo, pues justamente la identidad cristiana consiste en que Dios asume nuestra carne y veneramos en nuestro símbolo central al Crucificado, porque su espíritu lo llevó a actuar de manera distinta con las personas y a denunciar el desorden del mundo hecho por los servidores de los ídolos. San Ignacio tiene una gran fe en lo que la persona libre puede hacer.

Las trampas del espíritu

San Ignacio es un maestro del discernimiento y nos guía para que sepamos cernir, separar el trigo de la paja; conocer las trampas del espíritu, que nos impiden ser libres, y los engaños y autoengaños que no nos permiten vivir y actuar coherentemente con sentido y obras de amor y de servicio en un mundo en que no todo es racionalidad constructiva, sino que lo antihumano tiene tanta fuerza activa y posee tantos instrumentos racionales que también destruyen con toda su eficacia.

Quien no viva esto tal vez entenderá a Dios como el gran ordenador, como supremo poder, como eficaz policía de las leyes divinas y guardián de miles de normas farisaicas que ahogan el espíritu y encorvan las espaldas agobiadas; pero no recibirá la libertad de hijos de Dios, la libertad de Jesús para curar en sábado o hacerse amigo de pecadores y excluidos, que brota de esa evidencia vivida de que Dios es amor, sin ninguna restricción. Esta creatividad no atada a la letra permite adaptarse a los tiempos, lugares y personas de manera flexible y creativa, pues la respuesta siempre ha de ser nueva e inédita ante personas, hechos y situaciones novedosas.

Lo mejor de la historia de la Compañía de Jesús ha demostrado esa libertad creativa, como en el asunto de los ritos chinos y malabares o

las reducciones del Paraguay. Lo mismo ocurre con la construcción de esa formidable red educativa por toda la Europa y América de los siglos XVI al XVIII, siendo así que en el Acta Fundacional de la Compañía de Jesús (la Fórmula del Instituto aprobada por Paulo III en 1540) para nada se menciona la educación escolar de la juventud no jesuita; la pronta opción (1548 colegio de Mesina) surge de la agilidad en captar la necesidad de formación de los jóvenes. En todo esto hay una gran capacidad para asimilar el método de París o los auto-res paganos o cualquier novedad y darle carácter instrumental al servicio de la persona.

La desmesura de los *Ejercicios*

La desmesura (o lo que parece sobrehumano) es otra característica que deriva de los *Ejercicios*. En ellos el individuo es igualado a Jesús en la invitación que éste hace a quienes lo quieren acompañar en la transformación del mundo. En consecuencia, el horizonte de eso que hoy tanto se invoca, “la autoestima”, se hace infinito, no basado en una fatua convicción de la propia superioridad —algo imposible en quien viene de meditar sobre los pecados propios—, sino basado en la invitación del Amor que todo lo posibilita. “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (San Pablo) .

Este descubrimiento de un horizonte mayor (*magis*) explica la audacia, el gigantismo y el sentido de eternidad con que han hecho historia muchos de los que se han alimentado con la espiritualidad ignaciana.

Ambigüedad del mundo

San Ignacio no es un iluso con respecto a la bondad del mundo, ni de la santidad de la Iglesia. El mundo en que Dios actúa es ambiguo y el pecado es una realidad espesa y omnipresente que mata, deshumaniza y corona los haberes, poderes y saberes mundanos absolutizándolos como ídolos que exigen sacrificios humanos en sus altares. Los *Ejercicios* se dirigen a lograr la libertad para utilizarlos puramente como instrumentos al servicio de la humanidad, algo difícil de lograr y que

exige la “indiferencia” ignaciana como condición de libertad para hacer el bien.

También la Iglesia animada por el Espíritu Santo es ambigua. San Ignacio no tenía que hacer mucho esfuerzo para ver la corrupción y el antievangelio en aquella Iglesia de los Borgia y del Renacimiento en general, que pedía a gritos una reforma a fondo. Pero para él el remedio no está en negar la corporalidad de la Iglesia, ni la dimensión plenamente humana de su gente y de sus instituciones. El Espíritu que Jesús promete a sus discípulos es como el alma de esa Iglesia, pero su cuerpo siempre es frágil. Negar o cercenar lo humano, reducir la Iglesia a un espíritu descarnado o a una pureza y superioridad de intocados, es una tentación que niega la confianza que Jesús resucitado puso en los discípulos, en los pescadores y campesinos que lo negaron y que tenían de todo menos de superhombres o de supersabios.

Ignacio afirma esa Iglesia santa y pecadora sin renunciar a renovarla desde dentro; la clave de la renovación está en no ahogar al Espíritu ni sacralizar en su nombre la carga de mundanidad negativa que necesariamente lleva el Pueblo de Dios por su condición humana. La adhesión a la Iglesia en San Ignacio no es un cálculo maquiavélico de lógica de poder, sino adhesión afectiva, de ternura hacia esa semilla de humanidad a la que Jesús le dijo “no teman yo estaré con ustedes hasta el fin del los tiempos”, cuando le dio poder para transmitir su verdad y para hacer las obras de Dios que El hizo y aun mayores. El mandamiento del amor encarnado en la Iglesia es la visible expresión del Amor de Dios en la fragilidad humana. Amar a la Iglesia, sentir con la Iglesia, ser parte de la Iglesia servidora de la Humanidad, es lo que busca Ignacio.

La ambigüedad de la historia y del pueblo de Dios que marcha en ella y la ambigüedad del espíritu y de la acción de cada uno de nosotros, llevan al santo de Loyola a equiparnos del discernimiento de espíritus, para impedir que “*sub angello lucis*” (disfrazado de ángel de luz) se cuelen las mayores negaciones de la vida.

Actuar ordenando medios y fines

La pregunta clave, que espontáneamente brota del afecto y de la emo-

ción ignacianas al contemplar el amor recibido, es “¿qué he de hacer por Cristo?”. Respuesta afectiva y efectiva, de amor instrumentado, es decir, dotado de medios e instrumentos. La ciencia y la racionalidad universitarias como realidades absolutas no instrumentadas son humanitariamente ambiguas. Quienes las desarrollan y usan “para en todo servir y amar” las humanizan y dan valor humanista a la universidad que las cultiva. Aquí la lógica ignaciana se vuelve implacable en la búsqueda de coherencia.

En la meditación que San Ignacio llama de “tres binarios de hombres” y que la pone para examinar si nos estamos autoengañando, nos muestra a dos tipos de personas que dicen amar a Dios, pero que en la práctica no lo hacen, pues no ponen los medios para actuar consecuentemente. La eficacia ignaciana exige instrumentalidad como expresión y medida de la verdad de nuestro amor. Normalmente los afectos desordenados que nos amarran vacían de contenido las proclamaciones cristianas de ¡Señor Señor! (Luc., 6,46). Jesús nos dice que no se trata de proclamar, sino de hacer la voluntad de mi Padre, ni de saber intelectualmente cuál es el mandamiento principal, ni quién es el prójimo del herido, sino de hacerse efectivamente próximo y actuar en consecuencia: “Vete y haz tú lo mismo”(Luc., 10,25-37). Es tal la importancia y la influencia de este ordenamiento de medios a fines que ha dado pie a la acusación de los detractores: para los jesuitas el fin justifica los medios. No los justifica pero el fin bueno ordena los medios apropiados

El sello de la educación jesuitica

Todo esto de manera implícita o explícita actúa en la educación jesuitica y ha sido su alma a lo largo de los siglos, porque ésa es la espiritualidad de quienes impartían la educación en tiempos en que casi el cien por cien eran jesuitas. En segundo lugar, porque de alguna manera en los ejercicios espirituales que hacían los estudiantes, en las Congregaciones Marianas y otras prácticas (religiosas o no), recibían esa visión y práctica de la vida. Si tuviera que resumir recalcaría tres aspectos:

1. Una *inmensa fe en el hombre* basada más en la vocación a la que está llamado que en la gloria de sus propias obras.

2. *Actuación* transformadora responsable de la historia en una creación de Dios no concluida, en la que secundamos su acción.

3. *Los valores* vienen del único supremo valor que es el AMOR de Dios experimentado y vivido que se encarna y se expresa día a día en el amor humano. Los valores se asientan en el afecto, en el gusto y la inclinación al bien y en los hábitos virtuosos. La educación en valores, como dice el P. Kolvenbach, tiene que pasar por la cabeza, por el corazón y las manos, para combinar estrechamente el pensar y entender, el sentir y el querer, el actuar y construir. La educación no es pues meramente intelectual, sino formación de la voluntad y de los afectos ordenados hacia un crecimiento que combina la transformación del mundo con el desarrollo personal responsable.

4. En AUSJAL hemos hecho un serio esfuerzo por presentar la ambigüedad universitaria latinoamericana ante la situación de nuestros pueblos y definir nuestra identidad universitaria y líneas de acción (Cfr. AUSJAL, *Desafíos de América Latina y Propuesta Educativa*, Bogotá 1995). Más recientemente traté en Unisinos de resaltar la relación entre La propuesta de AUSJAL y la pedagogía ignaciana. (Cfr. "Visao Inaciana Da Educacao", *Desafios Hoje*, Unisinos 1997).

Peligros

Para terminar, me parece bueno señalar los peligros que entraña esta visión de la vida, si desaparece la vivencia espiritual y mística y queda sólo la máquina humana de la acción y de la razón instrumental. Señalemos solamente tres:

1. Que la eficacia divina quede reducida a sola eficacia humana a merced de la racionalidad calculadora e instrumentalizadora. Si Dios (no cualquier dios, sino Dios-Amor) no alienta en el corazón de toda esta dinámica, ella se convierte en instrumento de los ídolos del haber, del poder, del saber y del placer, dioses absolutos; la eficacia fácilmente se vuelve instrumento de la soberbia de la vida, en instrumento de dominación. Donde no hay Dios hay dioses, que es como decir donde no hay amor hay instrumentalización del otro. La parábola del hijo pródigo revela el itinerario de la Ilustración y de la Modernidad, que parece haber conquistado todo menos la virtud de

liberar el corazón humano. A la vista de la pobreza y de la opulencia como escandalosos polos crecientes que se contraponen, de las guerras, de las exclusiones, de los fundamentalismos en los que no hay lugar para el otro, la universidad, y la educación en general, no puede mantener su ficción de neutralidad en la que el compromiso y la formación de la voluntad se recluyen a preferencias subjetivas que no tienen espacio en el templo universitario de la razón. Los saberes necesitan de la sabiduría, que nos enseña a entender que cuando afirmamos amorosamente a los demás encontramos la propia vida y que cuando la buscamos por encima de todo no la podemos hallar. Ciertamente no se trata de conocer el mundo sino de transformarlo, de hacerlo bueno y humano.

2. Que nos lleve a esperar de la intrahistoria una plenitud que sólo en la metahistoria se puede recibir y alcanzar como un don de Dios y no como producto nuestro. Estamos llamados a ser como dioses, pero el Hijo del Hombre nos ha mostrado que ello no se logra construyendo la Torre de Babel para llegar al cielo, sino dando entrada al don de hacernos hermanos y servidores. Los saberes requieren de la Sabiduría para servir a la vida.

Cuando ocurre esta desviación por la reducción de Dios en nosotros a ídolo o a sólo recuerdo, los medios se convierten en fines y los instrumentos en absolutos que oprimen al hombre.

3. Finalmente, la desmesura jesuitica y su poderosa racionalidad sólo mantienen controlado su veneno mortal, si la dimensión mística sigue siendo el alma de todo; esa dimensión que revela a los pequeños la piedra preciosa que se oculta a los sabios y autosuficientes. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu porque tienen a Dios por rey! (Luc., 6,20)

Universidad Landívar, Guatemala, febrero de 2000